

EL BAILE

La luz roja. Inmediatamente después de la amarilla y presiono el pedal del freno al ras del crucero.

Un segundo más tarde, se detiene un taxi a mi izquierda.

El atardecer es extremadamente perfecto. Enormes trazos rojos y azules. Como al óleo.

A través de los cristales de las ventanillas del taxi, tres individuos: dos adelante y uno atrás.

Es fácil advertir que el auto no está de servicio y el trío anda de juerga. Los cristales son de color sepia intenso y dentro, los tres, riéndose, semejan *personajes de la bohemia*.

Uno de ellos baja el cristal y se escucha bruscamente un atropello de risotadas, bromas y una rumba en la radio encendida. Los dos de adelante dan ánimos al tercero y éste ríe y enrojece:

—“Andale, ahora, ahora, a que no te atreves. ¡Eres...!”

Crece la rumba en la radio y las risas. El hombre del asiento trasero entreabre la puerta para bajar. Reclina el par de objetos largos —de madera— que lleva en las manos, sobre el asiento del frente.

La luz verde.

Reinicio la marcha y el cojo, a un lado del taxi, queda bailando a mitad de la calle.

Por el espejo retrovisor lo miro aún dando brincos sobre el solo pie, bailando la rumba; allí empequeñece más y más esa figura cuya pierna derecha del pantalón vuela de un lado a otro, vacía. En mi espejo se esfuma esa alocada figura que salta como un pelele.

Desemboco en una enorme plaza sin nadie.